

Pierre Bourdieu
Autoanálisis de un sociólogo

Barcelona, Anagrama, 2006

Bourdieu no estaba equivocado al preguntarse en una de las muchas entrevistas que concedió, si sería posible y noble una vida social sin ilusión, totalmente desencantada por una gran difusión de conocimientos sociológicos.

Pierre Mounier, *Pierre Bourdieu, une introduction*,
París, 2001, p. 262.

Como remedando *Esto es una pipa*, el título del famoso cuadro de René Magritte que le sirvió a Michel Foucault para entregar una de las más inquietantes piezas de la teoría estética del siglo xx, esta postrera obra de Pierre Bourdieu comienza con una autocita análoga: «Esto no es una autobiografía», sin embargo, lo mismo que Magritte quiso apostillar en la parte trasera del cuadro que «el título no contradice al dibujo sino que lo afirma de otro modo» se puede decir aquí que nunca una autobiografía negada como esta se ha parecido más a una autobiografía razonada y sincera, con todos los ingredientes del género: centralidad del yo narrativo (debidamente autoidealizado), ajustes de cuentas (porque no hay recuento biográfico que no acabe suponiendo un ajuste de cuentas con y contra algo y, sobre todo, contra alguien, generalmente muchos) y, finalmente, una selección de acontecimientos y pasajes vitales que sirven para afianzar esa imagen autoconstruida que el autor quiere transmitir de sí mismo.

Este *Autoanálisis de un sociólogo* —el editor español ha preferido utilizar el título de la primera edición alemana antes que el francés *Esquisse pour une auto-analyse*, repleto de rimas con las obsesiones teóricas del autor y con el título de alguna de sus obras mayores— es, paradójicamente, una autobiografía hecha por alguien que ha condenado a la condición de *illusio* y ha arrojado a los infiernos epistemológicos de *la doxa* cualquier enfoque o saber social que haya aceptado, practicado o reforzado el género de la biografía personal. Género que, de entrada, no deja de ser, como siempre dijo alguien tan especializado en biografías, autobiografías, memorias y antimemorias como era el enorme escritor y peculiar político André Malraux, una forma sofisticada de ficción, pues nada de lo que escribe y describe desde lo subjetivo puro puede ser un calco milimétrico de una realidad genérica, pero es una ficción de un valor indiscutible para iluminar la realidad histórica *por contraste* entre lo personal y subjetivo con lo social y objetivo. En el fondo esta intuición de Malraux es la que sirve a Bourdieu para realizar un *so-*

cioanálisis de sí mismo, sometiendo su imagen personal al conjunto de fuerzas sociales que la han producido.

Este proyecto de socioanálisis —tomado como un proyecto de objetivación de las condiciones sociales que explican las prácticas subjetivadas de los actores— hace de esta obra un curioso ejemplo de autosociología del autor, donde lo que se trata de construir como objeto de conocimiento —rescatándolo del sentido común de la disciplina— es al mismo Bourdieu. Hace años puse por escrito, más que nada como una maldad, que el principal interés de investigación de Bourdieu según avanzaba su vida y su obra era Bourdieu mismo, y este libro ha acabado por suponer una realización de aquel comentario, una ilustración de la sociología del conocimiento propuesta por nuestro autor, pues en último término este trabajo no deja de ser una versión ampliada e independizada de la última parte de su *Science de la science et réflexivité* (al que en la traducción española se le añadió el comercial título de *El oficio de científico*) y por eso acaba circunscribiendo una sociología de sí mismo como objeto científico de conocimiento, algo que se veía venir con poco que se siguiera su trayectoria y el adelgazamiento empírico de sus investigaciones en los últimos decenios.

De esta manera, el lector interesado encontrará penetrantes análisis (más que relatos o confesiones) del Bourdieu sociólogo sobre la incrustación del Bourdieu personaje en el campo intelectual francés de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo xx. Es fascinante la cartografía de este campo dominado por la filosofía existencialista, traducción particular francesa de un heideggerianismo mágico en sus efectos mitificadores y amplificado hasta una especie de absolutismo ontológico, así como por una etnología estructuralista que se fusionaba con una sagrada antropología filosófica para realzar, a la vez, su científicidad y su nobleza humanista, aunque fuera expuesta en un discurso formalmente antihumanista. En ese espacio sagrado la sociología ocupaba, según este análisis, una posición dominada de escasa o nula nobleza y legitimidad epistemológica —siempre sospechosa de empirismo ramplón y de burdo positivismo—, teniendo que esperar al cambio de rumbo sociopolítico de finales de los sesenta, y a la generación de pensadores que el propio Bourdieu capitaneaba, para percibir una transformación sustantiva de esta situación, cambio de signo nunca del todo consumado en el espacio de representación intelectual de las ciencias humanas francesas.

Al hilo de la descripción del campo científico aparecen los papeles jugados por las grandes figuras, empezando por el mitificado y mitificador Sartre (idealizada autoconstrucción de su intelectual total); y continuando por esa vía aparece todo la pléyade filosófica organizada en torno a la École Normale Supérieure, semillero de élites pensantes, con sus ritos, sacrificios y leyendas, siempre reproductoras y a favor de la aristocracia del conocimiento francés: por ahí desfilan desde Canguilhem hasta Althusser, desde Aron a Foucault; crónicas de la lucha entre narcisismos socialmente contruidos, voluntades de saber y voluntades de poder. Inmediatamente después aparecen otras figuras grandiosas del pensamiento con-

temporáneo francés ligadas a sus grandes instituciones académicas suprauniversitarias como la École des Hautes Études o el Collège de France y nos encontramos con los incisivos retratos de un Fernand Braudel o un Claude Lévi-Strauss, por ejemplo. Mención aparte merece el bosquejo del campo estrictamente sociológico francés, de la primera llegada de Bourdieu al mundo de la investigación avanzada, con sus nombres, publicaciones, rutinas y protocolos por entonces un tanto desgastados entre la herencia del momento fundante de los sociólogos de la Tercera República hasta la importación ya masiva de las prácticas norteamericanas de orientación escandalosamente funcionalistas. La tormenta de nombres e ideas es aquí sencillamente irrepetible, pero basta citar el encuentro con Lazarsfeld y el intento de aclaración de los encuentros, desencuentros y reencuentros con Aron para animar al lector de una revista como esta a que se sumerja en sus sustanciosas páginas.

La reivindicación de la sociología, y de su forma más concienzuda de hacerla, crea en el libro puentes y puertas entre la vida y la obra de Bourdieu. Los pasajes sobre Argelia, su adolescencia o la vida interna en la École Normale son además de apasionantes por muchas cosas, imprescindibles para conocer el estilo de ciencia social que propone su autor, al que siempre encontramos tratando de utilizar la potencia de la ciencia para desvelar los juegos de la dominación en campos que están históricamente estructurados justo para que esos juegos siempre tiendan a favorecer los mismos. La mirada del *parvenu*, del *colonizador*, del *desclasado*, del personaje con un *habitus* escindido entre dos posiciones parcialmente contradictorias, vuelve a quedar aquí patente y a aumentar la profundidad de campo —nunca mejor dicho— de su propuesta sociológica.

Ejercicio, pues, de análisis sociológico con valor propio, con un interés que va mucho más allá de la típica recopilación de los cotilleos y malicias intelectuales de las peores memorias o de, en el mejor de los casos de exposición, de los recuerdos y olvidos —que diría el venerable Francisco Ayala— de las mejores y más honestas autobiografías de autores célebres. Obra mucho más que menor de uno de los mayores sociólogos de la historia universal de nuestra disciplina que se lee con agrado y aprovechamiento teórico, es un calco milimétrico de las obsesiones intelectuales de su autor que le han valido acusaciones (justas o injustas por momentos) de antifilosofismo, reduccionismo de campo, sociologismo, cientificismo, puritanismo teórico, populismo, falso objetivismo, y un largo etcétera que podía ocupar varias páginas. Pero el libro en su conjunto es intelectualmente original y literariamente relevante, quizás porque trata de responder apelando al razonamiento sociológico a esa contradicción que está presente siempre en la vida y la obra de los grandes autores, y que Jorge Luis Borges sacó a la luz entre *El hacedor* y *El libro de arena*: quizás —decía Borges en su obra más antigua— la única biografía de los grandes escritores sean sus libros, pero, a la vez, se planteaba él mismo cuando volvió al tema muchos años más tarde, lo que decimos y escribimos bien poco se parece a nosotros. Objetivar lo subjetivo, subjetivar lo objetivo he aquí el programa básico de búsqueda

del conocimiento desde los clásicos antiguos, que no difiere mucho del que propone este autoanálisis en particular y la sociología de Bourdieu en general. Un buen libro de sociología para sociólogos.

LUIS ENRIQUE ALONSO
Universidad Autónoma de Madrid
luis.alonso@uam.es